UN PLATILLO DE SOLEDAD

Theodore Sturgeon

Si está muerta, pensé, nunca la encontraré en esta blanca lluvia de luna en el mar blanco, con la espuma lamiendo la pálida, pálida arena como un gran shampú. Casi siempre, los que se suicidan de una puñalada o un balazo en el corazón se descubren cuidadosamente el pecho; el mismo impulso extraño generalmente incita a los que se suicidan en el mar a ir desnudos.

Un poco más temprano, pensé, o un poco más tarde, habría sombras para las dunas y el ímpetu jadeante del oleaje. Ahora la única sombra real era la mía, una cosa diminuta a mis pies, pero tan negra como para alimentar la negrura de una sombra de dirigible.

Un poco más temprano, pensé, y habría podido verla caminar en la orilla plateada, buscando un lugar solitario para morir. Un poco más tarde y mis piernas se rebelarían contra este trote lento en la arena, la arena enloquecedora que no podía frenar y no quería ayudar a un hombre apurado.

Entonces las piernas se me aflojaron y caí de rodillas sollozando, no por ella, todavía no, sólo para respirar. Había tanta agitación a mi alrededor: viento, y espuma enmarañada, y colores sobre colores y matices de colores que no eran colores sino variaciones de blanco y plata. Si esa luz fuera sonido, sonaría como el mar en la arena, y si mis oídos fueran ojos, verían esa luz.

Me agazapé allí, jadeando en la turbulencia, y una ola me golpeó chata y veloz, subiendo y desparramándose como pétalos alrededor de mis rodillas, luego empapándome hasta la cintura con su burbujeo y su fragor. Me hundí los nudillos en los ojos para que se abrieran de nuevo. Tenía el mar en los labios con el gusto de las lágrimas y toda la noche blanca gritaba y lloraba.

Y allí estaba ella.

Sus hombros blancos eran una loma más alta en la espuma. Debió de notar mi presencia -tal vez grité- porque se volvió y me vio arrodillado allí. Se apoyó los puños en las sienes y torció la cara, y soltó un penetrante aullido de furia y desesperación, y después se lanzó al mar y se hundió.

Me quité los zapatos y corrí hacia las olas, gritando, persiguiéndola, manoteando ráfagas de blancura que se disolvían en sal y frialdad entre mis dedos. Pasé a su lado al zambullir- me, y su cuerpo me golpeó el flanco cuando una ola me azotó la cara y nos tumbó a los dos. Jadeé en el agua sólida, abrí los ojos bajo la superficie y vi una luna deforme, blanco verdosa, desplomándose mientras yo giraba. Después volví a sentir la succión de la arena bajo los pies y mi mano izquierda se enredó en el pelo de ella.

La ola la arrastró llevándosela, y por un momento se me escurrió de la mano como vapor de un silbato. En ese momento la di por muerta, pero al posarse en la arena forcejeó y se levantó penosamente.

Me pegó, un puñetazo húmedo en la oreja, y un dolor inmenso y agudo me punzó el cráneo. Tironeó, alejándose, mientras mi mano seguía atrapada en su pelo. No habría podido soltarla aunque hubiera querido. Giró hacia mí con la siguiente ola, me golpeó y me rasguñó, y nos adentramos más en el mar.

-¡No... no... no sé nadar! grité, y ella me rasguñó de nuevo.

-Déjame en paz -aulló.

Oh Dios, ¿por qué no *puedes* -dijeron sus uñas - *dejarme* -dijeron sus uñas - *en* paz? -dijo su puño pequeño y duro.

Entonces le tiré del pelo bajándole la cabeza hasta los hombros blancos; y con el canto de la mano libre le pegué dos veces en el cuello Flotó de nuevo, y la llevé a la costa.

La arrastré hasta donde una duna nos separaba de la lengua ancha y ruidosa del mar, y el viento se perdía allá arriba. Pero la luz era igualmente brillante. Le froté las muñecas y le acaricié la cara y le dije: "Ya está bien y "Vamos" y algunos nombres que yo usaba para un sueño que había tenido mucho, mucho antes que hubiera oído hablar de ella.

Aún yacía de espaldas y respiraba con rabia, arqueando los labios en una sonrisa que sus ojos tercamente cerrados convertían no en sonrisa sino en tortura. Hacía un buen rato que estaba bien y consciente y aún respiraba con rabia y mantenía los ojos cerrados.

-¿Por qué no pudiste dejarme en paz? -preguntó al fin. Abrió los ojos y me miró. Había en ella tanta desolación que no le quedaba lugar para el miedo. Volvió a cerrar los ojos y dijo:- Tú sabes quién soy.

-Lo sé -dije.

Rompió a llorar.

Esperé, y cuando ella cesó de llorar, había sombras entre las dunas. Un largo rato.

-Tú no sabes quién soy -dijo ella-. Nadie sabe quién soy.

-Estaba todo en los diarios -dije yo.

-¡Eso! -Abrió los ojos despacio, y su mirada recorrió mi cara, mis hombros, se detuvo en mi boca, me tocó los ojos un segundo. Torció los labios y miró hacia otro lado.- Nadie sabe quién soy.

Esperé a que se moviera o hablara, y al fin dije:

-Cuéntame.

-¿Quién eres tú? -preguntó ella, aún mirando hacia otro lado.

-Alguien que...

-¿Y bien?

-Ahora no -dije-. Más tarde, tal vez.

Se irguió de repente y trató de cubrirse.

-¿Dónde están mis ropas?

-No las vi.

-Oh dijo ella-. Ya recuerdo. Las tiré y les eché arena, para que una duna viniera a taparías, a esconderlas como si nunca hubieran estado... odio la arena. Quería ahogarme en la arena, pero no me dejó... ¡No debes mirarme! ~ ¡No aguanto que me mires! -Sacudió la cabeza de un lado a otro, buscando.- ¡No puedo quedarme así! ¿Qué puedo hacer? ¿Adónde puedo ir?

-Aquí -dije.

Dejó que la ayudara a levantarse y luego arrancó la mano, se apartó de mí.

-No me toques. No te acerques.

-Aquí -repetí, y caminé cuesta abajo hacia donde la duna se curvaba en el claro de luna, bajaba en el viento y ya no era duna sino playa. Aquí. Señalé detrás de la duna.

Por último me entendió. Atisbó por encima de la duna cuando le llegó al pecho, y de nuevo cuando le llegó a la rodilla.

-¿Allí atrás?

Asentí.

-Tan oscuro... Cruzó la duna baja internándose en la dolorosa negrura de esas sombras lunares. Avanzó con cautela tanteando delicadamente con los pies, hasta la parte más alta de la duna. Se hundió en la negrura y desapareció. Me senté en la arena a la luz.

-Quédate lejos de mí escupió.

Me levanté y retrocedí.

-No te vayas -jadeó, invisible en las sombras. Esperé, luego vi surgir su mano de las sombras nítidas. Allí -dijo, allí. En la oscuridad. No seas más que una... Quédate lejos de ml ahora... No seas más que una voz.

Hice lo que me pedía, y me senté en las sombras a dos metros de ella.

Me contó todo. No como estaba en los diarios.

Ella tendría diecisiete años cuando sucedió. Estaba en el Central Park de Nueva York. Hacia demasiado calor por ser un día de principios de primavera, y las lomas escalonadas y pardas tenían una capa verde con la misma consistencia de la blanca escarcha que esa mañana cubría las piedras. Pero la escarcha no aguantó y la hierba si, y tentó a varios cientos de pares de pies a dejar el asfalto y el cemento para pisarla.

Entre esos cientos estaban los suyos. El suelo fértil era una sorpresa para sus pies, como el aire para sus pulmones. Sus pies dejaron de ser zapatos mientras caminaba, su cuerpo supo que era algo más que ropa. Era uno de esos días que incitan a la gente de ciudad a alzar la vista. Ella la alzó.

Por un instante se sintió apartada de la vida que vivía, donde no habla fragancia, ni silencio, donde nada cuajaba ni encajaba. En ese momento el mal ceño de los edificios que rodeaban el parque pálido no podía afectaría; durante dos, tres limpias inhalaciones ya no le importó que todo el ancho mundo perteneciera en realidad a imágenes proyectadas en una pantalla; a las diosas mimadas que ocupaban

esas torres de acero y cristal; que perteneciera, en pocas palabras, siempre, siempre a otros.

De modo que alzó la vista, y encima tenía el platillo.

Era bello. Era dorado, con el lustre polvoriento de una uva inmadura. Emitía un sonido tenue, un acorde compuesto por dos tonos y un silbido ronco como el viento en un trigal. Revoloteaba como una golondrina, subiendo y bajando. Giraba y caía y oscilaba como un pez titilante. Era como todas esas cosas vivas, pero a esa belleza sumaba el encanto de las cosas acariciadas y bruñidas, medidas, mecanizadas, y exactas.

Al principio no sintió asombro, pues esto era tan diferente de todo lo que habla visto antes que tenía que ser un engaño visual, una falsa evaluación del tamaño y la velocidad y la distancia que pronto se resolverla en un destello de sol sobre un avión o la llamarada vibrante de un soldador.

Miró hacia otro lado y de pronto comprendió que muchas otras' personas lo velan
-veían *algo* también. A su alrededor la gente habla dejado de caminar y hablar y miraba hacia arriba. La rodeaba una esfera de callado asombro, y fuera de ella captó el jadeo vital de la ciudad, esa giganta asmática que nunca respira.

Alzó la vista de nuevo, y al fin empezó a comprender cuán grande era el platillo y cuán lejos estaba. No: mejor dicho, cuán pequeño era y cuán cerca estaba. Tenía justo el tamaño del mayor círculo que ella habría podido trazar con ambas manos, y flotaba a medio metro de su cabeza.

Entonces sintió miedo. Retrocedió y alzó el antebrazo, pero el platillo seguía colgante allí. Se ladeó, se escabulló, brincó, se volvió para ver si habla escapado. Al principio no pudo verlo; luego, cuando miró más y más arriba, allí estaba, cercano y reluciente, trémulo y ronroneante, justo sobre su cabeza.

Se mordió la lengua.

Por el rabillo del ojo, vio que un hombre se persignaba. Lo *hizo porque me vio parada aquí* con *una aureola sobre la* cabeza, pensó. Yeso fue lo más grandioso que le habla ocurrido jamás. Nadie le habla hecho nunca un gesto de respeto, ni siquiera una vez, nunca. A
través del terror, a través del pánico y el asombro, el consuelo de ese pensamiento anidó en ella, para esperar a que lo tomaran y lo miraran de nuevo en momentos de soledad.

Pero ahora el terror era aplastante. Retrocedió, clavando la mirada en el cielo, bailoteando absurdamente. Tendría que haber chocado con otras personas. Habla allí muchas personas, jadeando y observando, pero no tocó a nadie. Giró sobre sí misma y descubrió con horror que era el centro de una multitud apiñada que la señalaba. La multitud tenía un mosaico de ojos desorbitados y movía todas las piernas del círcul6 interior para alejarse de ella.

La nota suave del platillo se hizo más profunda. El platillo se ladeó, bajó un par de centímetros. Alguien gritó, y la multitud corrió, dio vueltas, y se asentó en un nuevo equilibrio dinámico, extendiéndose a medida que más y más

personas corrían a engrosaría pese a los esfuerzos del circulo interior por escapar.

El platillo zumbó V se ladeó, se ladeó...

Ella abrió la boca para gritar, cayó de rodillas, y el platillo bajó.

Le cayó en la frente y se le pegó. Casi pareció elevarla. Ella se irguió de rodillas, forcejeó para arrancárselo, y luego los brazos le cayeron a los costados, tiesos, sin que las manos tocaran el suelo. Durante tal vez un segundo y medio el platillo la mantuvo rígida, y luego le trasmitió un cosquilleó extático y la soltó. Ella se desplomó en el suelo, golpeándose violentamente los tobillos y los talones con la parte posterior de los muslos.

El platillo cayó a su lado, rodó de canto, sólo una vez, y allí quedó. Allí quedó, opaco y metálico, diferente y muerto.

Brumosamente, ella se quedó mirando el azul grisáceo d21 buen cielo de primavera, y brumosamente oy6 silbidos.

Y algunos gritos tardíos.

Y un vozarrón estúpido bramando "¡Denle aire!" que hizo acercar a todo el mundo.

Luego no hubo tanto cielo, a causa de la mole vestida de azul con los botones metálicos y la libreta de cuerina.

-Bueno, bueno, qué pasó aquí. No se acerquen.

Y las ondas crecientes de observación, interpretación y comentario: "La derribó a golpes." "Algún fulano la derribó." "El la derribó." "Algún fulano la derribó y..." "A plena luz del día este fulano..." "El parque está empezando a ser..." Más y más, los hechos adulterados hasta perderse totalmente porque el alboroto es mucho más importante.

Alguien más corpulento que los demás abriéndose paso a codazos, también con su libreta, su mirada inquisitiva, dispuesto a cambiar "una morena hermosa" por "una morena atractiva" para las ediciones vespertinas, porque "atractiva" es lo menos que puede ser una mujer si figura como víctima en los diarios.

La placa reluciente y la cara rubicunda acercándose:

-¿Está malherida, hermana?

Y los ecos rebotando en la multitud. Malherida, malherida, herida de gravedad, le pegó a plena luz del día...

Y otro hombre más sereno y resuelto, gabardina color habano, barbilla hendida y sombra de barba:

-Plato volador, ¿eh? De acuerdo, agente, yo me haré cargo.

-¿Y quién diablos se cree para hacerse cargo?

El centelleo de una cartera de cuero marrón, y detrás una cara, tan cerca que apretaba la barbilla contra el hombro de la gabardina. La cara dijo, pasmada,. "F.B.I." y eso también fue un eco ondulante. El policía cabeceó, el policía entero cabeceó en una genuflexión servil.

-Ayúdeme a despejar el área dijo la gabardina.
-¡Si, señor! dijo el policía.
-F.B.I., F.B.I. -murmuró la multitud, y hubo más cielo para mirar allá arriba.
Ella se incorporó y tenía la cara radiante.
-El platillo me habló -cantó.
cállese -dijo la gabardina. Más tarde no le faltará ocasión de hablar.
-Eso es, hermana -dijo el policía-. Cielos, este gentío podría estar lleno de comunistas.
-Usted también, cállese dijo la gabardina.
Alguien en la multitud contó a otro que un
comunista habla golpeado a la muchacha,
mientras otro comentaba que la habían golpeado porque ella era comunista.

Trató de levantarse, pero manos solicitas la obligaron a quedarse en el suelo. Ya había treinta policías en el lugar.
-Puedo caminar dijo ella.
-Quédese donde está -le dijeron.
Trajeron una camilla y la acostaron en ella y la taparon con una manta grande.

-Puedo caminar dijo ella mientras la llevaban a través de la multitud.
Una mujer se puso blanca y se volvió gimiendo:
-¡Dios mío, qué espanto!
Un hombrecito de ojos redondos la miraba y la miraba relamiéndose los labios.
La ambulancia. La metieron adentro. La gabardina ya estaba allí.
Un hombre de chaqueta blanca con manos muy limpias:
-¿Cómo sucedió, señorita?
-Ninguna pregunta dijo la gabardina-. Seguridad.
El hospital.
-Tengo que volver al trabajo dijo ella.
-Desvístase -le dijeron.
Entonces tuvo un dormitorio para ella sola por primera vez en su vida. Cuando la puerta se abría, había un policía afuera. Se abría a menudo para dejar entrar a esos civiles que tratan muy cortésmente a los militares, y a esos militares que tratan aún más cortésmente a ciertos civiles. Ella no sabía qué hacían ni qué querían. Cada día le hacían cuatro millones quinientas mil preguntas. Aparentemente nunca hablaban entre si porque cada cual le hacía las mismas preguntas una y otra vez.
-¿Cómo se llama?
-¿Qué edad tiene?
-¿En qué año nació?
A veces la empujaban por caminos extraños con sus preguntas.

-Bien, su tío. Se casó con una mujer de Europa central, ¿verdad? ¿Qué parte de Europa central?

-¿A qué clubes o confraternidades pertenecía usted? ¡Ah! ¿Y esa tienda de cosas usa- das de la calle 63? ¿Quién estaba realmente detrás de ese asunto?

Pero, una y otra vez: -¿Qué quiso decir cuando dijo que el platillo le habló?

-Me habló -decía ella.

-¿Y qué dijo? -decian ellos.

Y ella meneaba la cabeza.

Había muchos que gritaban, y muchos que eran amables. Nadie la habla tratado con tanta amabilidad, pero pronto comprendió que nadie era amable con *ella.* Sólo querían que se relajara, que pensara en otras cosas, así de pronto podían dispararle esa pregunta:

-¿Qué quiso decir cuando dijo que le habló?

Pronto fue como la casa de mamá o la escuela o cualquier otro lugar, y ella se sentaba con la boca cerrada y los dejaba aullar. Una vez la tuvieron sentada durante horas en una silla dura con una luz en los ojos, matándola de sed. En su casa había una ventanilla sobre la puerta del dormitorio y mamá dejaba que la luz de la cocina se filtrara por allí toda la noche, cada noche, para que ella no tuviera miedo. Así que la luz no le molestaba.

La sacaron del hospital y la encerraron en la cárcel. Algunas cosas valían la pena. La comida. La cama también era cómoda. A través de la ventana veía muchas mujeres haciendo ejercicios en el patio. Le explicaron que todas ellas tenían camas más duras.

-Usted es una jovencita muy importante. Al principio fue halagador, pero como de costumbre resultó que no se referían precisamente a ella. Seguían apremiándola. Una vez le trajeron el platillo. Estaba en una gran caja de madera con candado, que adentro tenía una caja de acero con una cerradura Yale. Sólo pesaba cuatro kilos, el platillo, pero cuando terminaron de empaquetarlo se necesitaron dos hombres para cargarlo y cuatro hombres armados para custodiarlo.

Le hicieron representar toda la escena tal como habla pasado con algunos soldados sosteniéndole el platillo sobre la cabeza. No era lo mismo. Habían arrancado un montón de astillas y fragmentos del platillo, y además tenía ese color gris muerto. Le preguntaron si sabia algo sobre eso y por una vez decidió hablar.

-Ahora está vacio dijo.

El único con quien conversaba era un hombrecito panzón que la primera vez que estuvo solo con ella le dijo:

-Escuche, pienso que la han tratado vergonzosamente. Pero entienda esto: tengo un trabajo que hacer. Ml trabajo es averiguar *por qué* no quiere contamos qué dijo el platillo. No quiero que usted sepa qué le dijo y nunca se

lo preguntaré. Ni siquiera quiero que me lo cuente. Tan sólo averiguemos por qué usted mantiene el secreto.

Averiguar por qué resultó en horas de hablar sobre la neumonía y la maceta que hizo en segundo grado, que mamá tiró por la escalera de emergencia, y la reclusión en la escuela y el sueño en que sostenía una copa de vino con ambas manos y miraba a un hombre por encima de la copa.

Y un día ella le dijo por qué no quería contar lo del platillo, sin vueltas:

-Porque me habló a mí, y es cosa mía.

Incluso mencionó al hombre que ese día se habla persignado.

Eran las únicas cosas que le pertenecían de veras.

El fue comprensivo. Fue él quien la previno sobre el juicio.

-No tengo por qué decírselo, pero se hará con todas las de la ley. Juez y jurado y todo lo demás. Usted diga sólo lo que quiere decir, ni más ni menos, ¿entiende? Y no les dé el gusto. Usted tiene derecho a poseer algo.

Se levantó y maldijo y se fue.

Primero vino un hombre y le habló un buen rato sobre la posibilidad de que la Tierra fuera atacada desde el espacio exterior por seres mucho más fuertes e inteligentes que nosotros, y tal vez ella tenía una clave para la defensa. De modo que tenía que revelarla al mundo. Y aun en caso de que la Tierra no fuera atacada, debía pensar en la ventaja que podía dar a su país sobre sus enemigos. Luego la encañonó con el dedo y dijo que lo que hacia ella equivalía a colaborar con los enemigos del país. Y resultó ser el hombre que la defendía en el juicio.

El jurado la encontró culpable de desacato y el juez recitó la larga lista de penas que podía aplicarle. Aplicó una sola y la levantó. La encerraron en la cárcel unos días más, y un buen día la soltaron.

Al principio fue maravilloso. Consiguió un empleo en un restaurante, y un cuarto amueblado. Habla salido en los diarios tanto tiempo que mamá no la quiso de vuelta en casa. Mamá estaba casi siempre borracha y a veces escandalizaba a todo el vecindario, pero no obstante tenía ideas muy especiales sobre la respetabilidad, y salir en los diarios por espía no le parecía decente. Así que puso su apellido de soltera en el buzón de abajo y avisó a su hija no fuera allí nunca más.

En el restaurante conoció a un hombre que invitó a salir. La primera vez.

Gastó hasta el último centavo en una cartera roja que hiciera juego con los zapatos rojos. No eran del mismo tono, pero al menos todo era rojo. Fueron al cine y después él no trató de besarla, ni nada, sólo trató de averiguar qué le habla dicho el platillo. Ella no le contó. Volvió a su casa y lloró toda la noche.

Luego hubo unos hombres que ocupaban una mesa y charlaban, y cada vez que pasaba ella callaban y ponían cara de pocos amigos. Le hablaron al dueño, y él le dijo que eran ingenieros electrónicos que trabajaban para el gobierno y

tenían miedo de hablar de asuntos profesionales cuando la tenían cerca. ¿No era espía o algo por el estilo? Así que la despidieron.

Una vez vio su nombre en un tocadiscos automático. Puso una moneda y apretó ese número, y el disco contaba que "el platillo volador bajó un día, y le enseñó a ella un nuevo modo de jugar, y no te diré cómo era, pero ella me llevó a otro mundo". Y mientras estaba escuchando, una persona del local la reconoció y la llamó por el nombre. Cuatro individuos la siguieron y tuvo que bloquear la puerta.

A veces estaba bien varios meses, y después alguien la invitaba a salir. Tres veces de cada cinco, los seguían a ella y al fulano. Una vez el hombre que la acompañaba arrestó al hombre que los seguía. Dos veces el hombre que los seguía arrestó al hombre que la acompañaba. Cinco veces de cada cinco, el hombre con quien salía trataba de tirarle la lengua sobre el platillo. A veces ella salía con alguno y fingía que era una verdadera cita, pero no la ayudaba en mucho.

Así que se mud6a la costa y se empleó para
limpiar oficinas y tiendas de noche. No había muchas que limpiar, pero eso significaba que no habla muchas personas que recordaran su cara de los periódicos. Cada dieciocho meses, nunca faltaba el periodista que sacaba a relucir todo de nuevo en una revista o un suplemento dominical; y cada vez que alguien vela un faro de coche en una montaña o una luz en un globo meteorológico tenía que ser un platillo volador, y tenía que haber un trasnochado comentario sobre los secretos que quería contar el platillo. Entonces ella, en dos o tres semanas, no pisaba la calle durante el día.

Una vez pensó que lo tenía resuelto. La gente no la quería, así que empezó a leer. Las novelas la conformaron un tiempo hasta que descubrió que la mayoría eran como las películas: sobre la gente linda que en realidad maneja el mundo. Así que aprendió cosas:
animales, árboles. Una ardilla piojosa atascada en una alambrada la mordió. Los animales no la querían. Los árboles no la tenían en cuenta.

Entonces se le ocurrió lo de las botellas. Juntó todas las botellas que pudo y escribió notas que guardó en las botellas. Recorría kilómetros de playa y arrojaba las botellas tan lejos como podía. Sabia que si la persona indicada encontraba una, esa persona tendría la única cosa en el mundo que podría ayudar. Esas botellas la sostuvieron tres años. Todos necesitan hacer algo en secreto.

Y por último llegó el momento en que ya no le sirvió de nada. Una puede tratar de ayudar a alguien que tal *vez* existe; pero pronto no puedo fingir más que existe esa persona. Y no hay vuelta de hoja. Es el fin.

-¿Tienes frío? -le pregunté cuando terminó de contarme.

El oleaje era más apacible y las sombras más largas.

-No -respondió ella desde las sombras. De pronto dijo ¿Creíste que me enfurecí contigo porque me viste desnuda?

-¿Por qué no?

-¿Sabes una cosa? No me importa. No habría querido... no habría querido que me vieras ni siquiera en traje de fiesta o ropa de trabajo. No puedes taparme el cuerpo. Se ve; está allí de todos modos. Simplemente no quería que me *vieras.* En ninguna forma.

-¿Yo, o cualquiera?

Ella titubeó.

-Tú.

Me levanté, me desperecé y caminé un poco, pensando.

-¿El F.B.I. trató de impedirte que arrojaras esas botellas?

-Claro que si. Gastaron no sé cuánta plata de los contribuyentes para recogerlas. Aún registran la zona de vez en cuando. Pero se están cansando. Todas las notas dicen lo mismo.

-Rió. Me sorprendió que supiera reír.

-¿De qué te ríes?

-De todos ellos... jueces, carceleros, cantantes... la gente. ¿Sabes que no me habría ahorrado ninguna molestia aunque les hubiera contado todo desde un principio?

-¿No?

-No. No me habrían creído. Lo que ellos querían era una nueva arma. Superciencia de una superraza, para borrar del mapa a la superraza si se presenta la oportunidad, o a la nuestra si no se presenta. Todas esas lumbreras -jadeó, con más asombro que desprecio, todos esos mandamases. Piensan "superraza" y traducen "superciencia". ¿No piensan que una superraza también tiene supersentimientos... superrisa, tal vez, o superhambre? -Hizo una pausa.- ¿No es hora de que me preguntes qué dijo el platillo?

-Te lo diré -barboté.

Hay en ciertas almas
una indecible soledad,
tan grande que deben compartirla
como el resto comparte compañía.
Así es mi soledad. Ahora ya sabes
que en la inmensidad
alguien está mas solo que tu.

-Dios santo dijo devotamente, y rompió a llorar-. ¿Y a quién está dedicado?

-Al ser más solitario...

-¿Cómo lo supiste? -susurró.

-Es lo que pusiste en las botellas, ¿verdad?

-Sí -dijo ella. Cuando te pesa demasiado que a nadie le importe, que a nadie le haya importado nunca... arrojas una botella al mar, y allá va una parte de tu

soledad. Te sientas a pensar en alguien que la encuentra... que aprende que lo peor que hay puede entenderse.

La luna bajaba y el oleaje callaba. Miramos hacia las estrellas.

-No sabemos qué es la soledad -dijo ella. La gente pensó que el platillo era un platillo, pero no lo era. Era una botella con un mensaje adentro. Tuvo que cruzar un océano más grande, todo de espacio, sin demasiadas probabilidades de encontrar a nadie. ¿Soledad? No conocemos la soledad.

Cuando pude, le pregunté por qué había intentado suicidarse.

-Ya tuve suficiente ~ con lo que me dijo ese platillo. Quería... retribuirlo. Era demasiado mala para que me ayudaran. Tenía que sabor que al menos era buena para ayudar. ¿Nadie me quiere? Bien. Pero no me digas que nadie, en ninguna parte, necesita de mí. Eso no puedo aguantarlo.

Inhalé profundamente.

-Encontré una de tus botellas. hace dos años. Te he estado buscando desde entonces.

Cartas mareológicas, tablas de corrientes, mapas y... viajes. Oí hablar de ti y las botellas por aquí cerca. Alguien me contó que habías dejado de tirarlas, que ahora se te daba por vagabundear de noche en las dunas. Supe por qué. No paré de correr.

Tuve que inhalar de nuevo.

-Tengo un pie defectuoso. Pienso bien, pero las palabras no me salen por la boca tal como son dentro de mi cabeza. Tengo esta nariz. Nunca tuve una mujer. Nadie quiso contratarme nunca para trabajar donde tuvieran que mirarme. Tú eres bella -dije-. Eres bella.

Ella no dijo nada, pero fue como si irradiara una luz, más luz y mucha menos sombra de la que podía proyectar la ejercitada luna. Entre muchas otras cosas significaba que aún la soledad tiene un fin, para quienes están lo bastante solos, durante bastante tiempo.

Titulo del original en ingiés: ***A Saucer of Loneliness***

c 1953 by **Galaxy** PubltshIn9 Co. Traducción de Carice Gardlni